

**No es malo estar triste**  
**POESÍAS 2015**

**J. Romeu**

Dices que estás triste pero estás bien:  
no se te ve preocupado.

Es que estar triste  
no es del todo malo.  
Es como tener un cajón vacío  
y no saber con qué llenarlo.  
Es como andar hacia atrás  
sin saber lo que se está pisando.  
Es como rascarse uno mismo  
sin gusto pero en el punto exacto.  
Es como besar a alguien  
de quien no se está enamorado.

¿Y todo para qué?

Para empezar de nuevo  
y no sentirse fracasado.  
Para avanzar sin ver adónde,  
pero seguir avanzando.  
Para aprender a estar solos,  
por si caemos enamorados.  
Para saber perder a alguien  
sin que nos amargue la culpa de que se haya marchado.  
Estar triste no es una opción de algunos.  
Estar triste no es innecesario.  
Estar triste es la emoción que todos  
para encajar los golpes de la vida  
necesitamos.

Pidió que se callaran las estrellas  
 ¿Es una mancha o una sombra lo que tapa mi sonrisa?  
 Se fue hacia un lado,  
 vio que la sombra allí seguía  
 y comprendió  
 que el amor cuando se acaba  
 deja manchas que no se pueden quitar  
 ni cuando vuelve la alegría.

A veces ver es más fácil  
 que soñar despierto.  
 A veces basta con mirar  
 lo que otros hacen  
 y es mejor quedarse quieto.  
 A veces esa fuerza que sale  
 es mejor guardarla dentro  
 para una mejor ocasión  
 para un más acertado momento.

A veces ver es más fácil  
 que seguir viviendo.  
 A veces ver es la mejor forma  
 de decir te quiero.  
 A veces ver es mejor  
 que seguir insistiendo  
 en hacerlo todo bien  
 en conseguir llegar primero.  
 A veces basta con ver  
 aunque no nos guste lo que estamos viendo,  
 aunque no parezca que todo puede ir bien  
 si nosotros no lo movemos.  
 A veces hay que dejarse llevar  
 por aquellos  
 que hace ya muchos años  
 que nos están viendo.

¿Y si no llego a vivir tanto?  
 ¿Jamás te habría conocido?  
 ¿Es el amor tan frágil  
 que depende de cuánto vivimos?

¡Ay! ¡Cuánto amor verdadero  
 se habrá quedado entonces perdido  
 en ese lugar por el aire  
 donde habitan los suspiros!

¡Cuánta gente habrá muerto  
 sin haber vivido!  
 ¡Cuántos se habrán quedado  
 demasiado al principio!

¡Ay! ¡Cuántas muertes intentan demostrar  
 que el amor no tiene ningún sentido,  
 que el ser humano solo es algo  
 que simplemente se mantiene durante algún tiempo vivo!

Piensa siempre  
 que por algo pasa todo  
 y que, si no pasa,  
 es porque nunca pasaría.

Piensa que no hay nada  
 en este mundo que no pase  
 y que al pasar no termine  
 como se termina un día.

Piensa siempre  
 que por algo pasa todo,  
 piensa que, si no, no pasaría.

Piensa que lo malo  
 es cuando ya no pasa nada,  
 cuando de pronto pasamos al siguiente día.

Tenías eso que tiene  
la gente como yo  
una copa de más en la tristeza  
y demasiados domingos por la tarde en el corazón.

Tenías los ojos que tiene  
la gente como yo  
los que miramos de reojo  
porque de frente nos deslumbra la decepción.

Tenías esa sonrisa  
que aprendí a poner yo  
tras la que ocultar tantas veces,  
incluso a nosotros mismos, el dolor.

Tenías, sí, tenías eso que tiene  
la gente como yo  
por eso supe enseguida, al conocerte,  
lo que nos faltaba a los dos.

¿Qué sabrá ella de las puertas  
que hay cerradas en mi alma?  
¿Qué sabrá  
de los caminos que hay en su interior?  
¿Qué sabrá de mi vida  
y de todo lo que he muerto?  
¿Qué sabrá ella  
que no sepa yo?

¿Sabrá quizás que algunas veces quise  
parpadear para siempre, imitar a una flor?  
¿Sabrá quizás que no siempre fue tan fácil  
arrancar del colchón por las mañanas  
las lágrimas de la noche anterior?

¿Sabrá quizás que hay puertas que no importa para abrirlas  
si nunca nadie las cerró?  
¿Sabrá quizás  
que algunas de las puertas que cerré esos días  
en verdad no las cerraba yo?

Lo sabe, sí lo sabe.  
¿Cómo iba a estar aquí, si no,  
sentada en esa parte de mi alma  
donde tanto tiempo tardé en sentarme yo?

Ya sé que en el fondo era eso  
y que nunca se pudo,  
y que el beso en tu boca y la mía  
quizás se entretuvo.

Ya sé que el amor era eso,  
si es que acaso lo hubo,  
y que a veces quererse no basta  
y que a veces quererse no es justo.

Ya sé que fui yo el que estaba  
a tu lado aquel día, el que tuvo  
tu mano agarrada algún tiempo,  
quizás demasiados segundos.

También sé que te fuiste enfadada  
y que mi mano quizás te sostuvo,  
pero el amor solo aguanta si es cierto  
y mi alma aguantó  
lo que pudo.

Lo que es la vida.  
Lo que es la vida.  
Lo que es.  
Y lo que es la muerte.  
Pero eso, al menos,  
todavía no lo sé.

No hay nada más terrible para mí que un viaje.  
Y entonces ahora pienso:  
¿Para qué inventaron  
los vuelos, las esperas,  
las ganas de llegar muy lejos,  
el ansia de llegar a conocer  
personas  
que solo conoceré  
porque quisieron ellos?  
No más viajes, por favor,  
que voy sintiendo  
que mi alma no da más de sí  
en este mundo tan pequeño.

Cuando me quedé pensando  
creías que pensaba en ti.

Y no pensaba en ti.  
Creías que lo hacía,  
pero no pensaba en ti.

No pensaba en ti  
porque no piensa  
quien tiene el corazón a flote.

No pensaba en ti  
porque pensar en ti es poco  
comparado con todo lo que quiero  
hacer contigo.

Cuando llueve fuera  
y yo leo dentro  
siento como ajena  
la tristeza de este mundo.  
Y veo que no es tanto  
el sufrimiento de mojarse.

Siento que se puede estar más triste,  
siento que se puede estar más seco,  
que a veces raspa el corazón  
contra la vida  
y no hay lluvia  
que suavice el rozamiento.

Cuando está lloviendo fuera  
y yo leo un libro cualquiera dentro,  
me siento protegido  
pero a la vez siento  
que hay muy pocas cosas en el mundo  
capaces en verdad de protegernos.

Pero las hay  
y por eso  
te voy sacando de la lluvia  
a la vez que entre las líneas de cualquiera de mis libros  
te voy poco a poco leyendo.

Siento que las páginas escuecen  
como si no fueran meras palabras con tiempo,  
como si sentado  
se pudiera viajar más lejos,  
como si a las letras con los años  
les crecieran más recuerdos.

Todo esto,  
sea malo o sea bueno,  
es lo que siento  
cuando llueve fuera  
y yo leo dentro.

¿Y esta gigante alegría  
 que hace tambalearse mis ganas de tristeza?  
 ¿A qué viene?

¿Y estas repentinhas ganas de vivir?  
 ¿A qué se deben?

Tantos años perfeccionando mis maneras de sufrir  
 y ella viene  
 y consigue destruirlo todo  
 en solo siete meses.

Ahora ya en serio.  
 No me hables de poesía.  
 No me hables ni de ritmo ni de falta de emoción.  
 No me digas que tus versos son poesía.  
 Que el vacío que me dan cuando los leo  
 es muy distinto  
 del que sentí el día que ella me dijo adiós.  
 No me hables de estructuras,  
 ni de rimas sin color,  
 que en ellas no cabe ni el trozo más pequeño de mi alma  
 ni encuentra un rincón donde esconderse del mundo mi corazón.

Dominamos la física.  
Tiramos un calcetín  
y cae justo  
donde queremos que caiga.  
Nos sentamos en el lugar exacto de una silla  
con el centro justo  
entre nalga y nalga.

Dominamos la física.  
Aparcamos sin problemas muchas veces,  
le damos la velocidad precisa  
a las cosas que hace falta.  
Nos aprendemos de memoria  
largas listas de palabras.

Dominamos sin duda la física.  
No hay más que observar una pantalla.  
Encendemos la luz cuando queremos.  
Nos secamos con una toalla.  
Nos tapamos si hace frío  
y nos bronceamos en la playa.  
Hacemos rimas consonantes  
y el oído disfruta al escucharlas.  
Incluso hacemos canciones con la boca  
y sacamos ritmos  
de los objetos con menos gracia.

Dominamos la física. No hay duda.  
Y muchas ciencias más. También la magia.  
Sí. Controlamos muchas cosas;  
hasta el más inútil es capaz de controlarlas.  
Pero aún hay algo que nos falta dominar,  
después de tanta noche a ello dedicada.  
Todos lo sabemos:  
nos falta, sin duda, dominar el corazón,  
pero ahí nadie se salva.

Y si te digo que igual me muero pronto,  
¿me dejarás de querer?  
Te querré más todavía  
porque no habrá tiempo que perder.

Si ya sabía  
que la vida iba a ser esto,  
pero tenía la esperanza tonta  
de que iba a ser contigo al menos.

Ahora ya que todo pasó.  
Agora ya que ni nos echamos de menos,  
que ya tenemos fotos con otros y no pasa nada.  
Agora que todo es distinto, pienso:  
¿Para qué sirvió todo?  
¿Qué sentido tuvo aquello?  
¿De qué sirve el amor  
que solo dura un tiempo?  
¿Es verdad como pienso ahora  
que no fue amor verdadero?  
¿Es posible encontrar  
el amor eterno?  
¿Son los amores más puros  
solo los que recuerdan los muertos?  
¿Cómo es posible verse tan distinto  
en tan parecidos recuerdos?  
¿Es que al acabar con alguien  
renacemos?

Agora que ya todo pasó,  
ahora que hablo de ti y no me inquieto,  
ahora que tienen razón los que decían  
que todo lo curaría el tiempo.  
Agora con menos tristeza que entonces.  
Agora pienso:  
¿Fue aquello en verdad necesario  
para que agora sea todo perfecto  
o podría haber llegado al mismo sitio  
directo?

No lo sé.  
Solo espero  
haber acabado ya el camino  
y saber que todo, da igual qué,  
fue para esto.

Hay vidas en las que uno se despierta torpe.  
 Debe ser lo que me ha pasado a mí.  
 Siento que a diferencia de otros  
 yo no he aprendido bien a vivir.

Sigo con las mismas dudas de siempre,  
 el mismo extraño anhelo de sobrevivir,  
 incluso me enamoro con más fuerza que entonces,  
 como si esta vez no fuera como siempre a sufrir.

Hay días en los que uno se despierta torpe  
 como si hubiera perdido habilidades al dormir.  
 Hay días en los que uno piensa demasiadas cosas  
 y hasta tiene peor letra al escribir.

Son vidas en las que uno se tropieza con las cosas  
 como si las hubieran puesto apostando ahí.  
 Son días en los que uno se queja  
 de todo lo que ha sido siempre así.

Entonces uno siente que la vida puede  
 seguir consistiendo simplemente en vivir  
 y que el que cambia es en verdad uno:  
 que hay días que no asume su manera de existir.

Hoy es de esos días  
 en los que la vida más parece  
 siempre igual.  
 A partir de ahora siempre estaré triste,  
 y sé que no va a ser así,  
 pero será.  
 Y posiblemente si lo pienso  
 es porque en el fondo quería que así fuera:  
 una vida entera para estar solo y pensar.  
 Y cuando más gozo con ello,  
 cuando sufrir llega a parecerme el estado ideal,  
 de repente se me pasa  
 y me horripilo de estar a veces de esa forma,  
 y de no ser yo, no ser yo, pero ser como siempre yo,  
 siempre igual.

La inspiración excesiva que acorrala  
en un rincón mudo a las letras.  
La muerte que pica en la espalda  
en un punto al que uno no llega.  
Esa esperanza imposible  
que jueguea  
incluso con las mentes más brillantes  
que lo han intentado en la Tierra.  
Eso  
o lo que sea.  
No sé qué es la vida,  
Y aun rescatando algún día a las letras,  
aunque consiga rascarme la muerte,  
aunque me ría de la humanidad entera,  
no sé qué es la vida,  
no creo que nunca lo sepa  
y, por eso, me siento el más triste de todos los hombres  
y, por eso, me importa tan poco la tristeza.

¡Qué pequeño soy  
cuando no valgo para nada!  
¿Por qué entonces no desaparezco?  
Soy el umbral  
entre la muerte y el nacimiento.  
¿Por qué sigo aquí?  
Soy lo justo para sentir  
que sobro y que molesto  
y que es mejor para todos  
si desaparezco.  
¡Qué pequeño soy!  
¡Qué pequeño!  
¡Qué ganas de desaparecer!  
Pero es que no valgo ni para eso.  
Tan pequeño soy  
que no me puede caber nada dentro,  
pero algo tiene que haber  
para que yo pueda sentirme tan pequeño  
y ese algo es la esencia de todo,  
la esencia que solo ven los pequeños,  
los que podrían llegar a desaparecer por los demás,  
los que asumen siempre que la culpa es de ellos,  
los que consiguen que a pesar de todo,  
el mundo siga pareciendo bueno,  
los que hacen que tanta gente se sienta grande  
gracias a que ellos son tan pequeños.

Time for heroes  
The Libertines

Ya es hora de que venga un héroe  
alguien en quien creer,  
alguien que nos oriente.  
Ya es hora de que venga un héroe  
con principios verdaderos,  
alguien que no se deje influir por la opinión de la gente.  
Ya es hora de que venga el que demuestre  
que es posible ser feliz,  
que se puede,  
que ser bueno es la mejor opción  
para afrontar la muerte,  
que al que es bueno no le importa  
que otros sean diferentes,  
que al que es bueno de verdad  
no le importa sentirse diferente.  
Ya es hora, sí,  
ya es hora de que venga un héroe,  
uno verdadero que haya escuchado a los demás  
y sepa adónde llevan realmente las corrientes,  
que sepa que el pasado  
si no se mira bien nos hace débiles.  
Ya es hora de que alguien ilumine  
a los que agachan la voz entre los gritos de la gente.  
Ya es hora de que venga  
y que despierte  
a quien se durmió pensando  
que mejor era callar para siempre.  
Ya es hora de que venga y diga  
lo que otros no se atreven.  
Ya es hora de que venga...  
perdón,  
ya es hora de que vuelva a venir  
un héroe.

Para qué ser líneas rectas, perfectas,  
 si las líneas paralelas no se juntan,  
 seamos mejor irregulares  
 y que nos unan las curvas.

Que el amor sea eterno  
 es lo mismo que escribir cien veces seguidas  
 tu nombre en mi cuaderno.

«Amémonos siempre».  
 ¿Para qué?  
 Si a mí me bastó con aquel noviembre.

«Que se detenga el mundo...»  
 Y yo te pregunto:  
 ¿de qué nos sirve estar juntos,  
 si no nos empujan hacia el final  
 los segundos?  
 ¿de qué nos sirve, si en lo eterno  
 solo recordarán nuestro amor  
 la muerte y mi cuaderno?  
 ¿de qué, si ya duró para siempre  
 el beso que te arrebaté en aquel infinito noviembre?

Hagamos, en fin, si quieres,  
 que el amor sea eterno  
 pero, por favor,  
 que parezca durar lo mismo que duró  
 nuestro primer invierno.

Aquellas tristes súplicas de tu corazón,  
¿qué son ahora sino signos de interrogación?

Ha llegado el momento.  
¿Por qué te cojo de la mano?  
¿No sabe todo el mundo ya  
que es peor dejar que ser dejado?

La decisión es mía  
sé que quedaré yo como el malo.  
No importa. Tú llorarás y yo simularé  
que por dentro no me quedo destrozado.

Ha llegado el momento.  
No es que no me hayas gustado,  
es que el amor es terrible:  
todo sale peor si estás enamorado.

Sí. La decisión fue mía.  
Y si la tomé, sería por algo.  
Pero ahora ya no estás y me parece  
haber retrocedido a aquellos años.

No sé si me arrepiento...  
Cada beso me recuerda que te alejé yo de mi lado.  
Tú en cambio no te habrás arrepentido nunca,  
cada beso desde entonces te habrá reconfortado.

Por eso, tú eres tan feliz ahora  
y yo en cambio a veces tengo días raros.  
Y aun así, al verme habrá a quien le complazca  
que el destino se vengue y deje solos  
a los que vamos por ahí dejando a otros destrozados.

No puede ser como darle a un interruptor  
sin más.

No puede ser morirse de repente,  
dejar de estar en un instante  
que de pronto nuestra propia vida no nos recuerde.

No puede ser.

No puede.

Debe haber una puerta secreta,  
una puerta que nos lleve  
a escondidas de la gente a otro lugar  
donde al fin pase a recuerdo nuestra muerte,  
donde todo siga igual,  
donde lo único diferente  
sea haber perdido el miedo  
de que nos apague un día un interruptor  
de repente.

Moldearé las promesas  
que te hicieron  
para darles forma  
de recuerdo.

Nunca, nunca otros besos te besarán así  
Sara Hübner

¡Cuánta gente advierte a quien les deja  
que no encontrará un amor tan grande en otros!  
Habla su corazón enrabietao  
de que le dejen solo.

¡Cuánta gente amenaza al despedirse  
con irse para siempre!  
Pero se dejan, simulando olvido,  
el corazón por si vuelven.

¡Cuánta gente termina convencida  
de que solo su amor fue el verdadero!  
Y puede ser verdad,  
pero lo cierto  
es que da igual si fue el mejor:  
el que realmente gana es siempre el tiempo.

¡Ay! ¡A cuántos encandila el tiempo!  
¡Con qué facilidad se curan muchos solo con vivir!  
El tiempo sabe decirnos siempre  
exactamente lo que queremos oír.

Pero más valdría detenerse.  
Comprender que solo ama el que sabe esperar,  
al que no le importa haber desperdiciado amor con otros  
porque eso no era realmente amar.

Otra vez el mar  
Como si las lágrimas pudieran recordar  
Como si quisiera juntarse toda el agua  
forzándome a llorar

Todavía tengo aquí tu mano  
Todavía puedo oler tu pelo  
¡Con qué brutalidad  
te despedazo en mis recuerdos!

Era imposible.  
Era como empezar un videojuego nuevo  
otra vez.  
Era imposible.  
No había hueco.  
Yo me había hecho ya  
demasiado viejo.  
Era imposible.  
Aún sigo sin entenderlo.  
Fue como el problema que después de muchas vueltas  
con facilidad, sin saber cómo, se acaba resolviendo.  
Como el mueble  
que en giro extraño pasa por un minúsculo hueco.  
De repente yo era joven  
y los años se expandieron.  
De repente empecé a jugar otra vez,  
de repente nos queremos hace tiempo.  
Han pasado ya ocho meses  
y es imposible aún, pero ahora es cierto.  
Eres lo poquito de posible que hay en todo lo imposible  
y...  
¡y te quiero!

No puede ser amor  
lo que es eterno,  
igual que no puede durar  
lo que está quieto.

No me importa ser el raro,  
el poeta,  
el que supuestamente no trabaja, porque no cobra dinero,  
el que comparte cosas íntimas,  
el que no estudió Derecho.  
No me importa que se rían  
de que solo ahorre sentimientos.  
No me importa preocuparles tanto  
por mi futuro incierto.  
No me importa ser el raro para todos mis amigos,  
ser distinto a ellos.  
No me importa, de verdad,  
pues según están los tiempos  
sentirme raro es requisito imprescindible  
para saber que soy lo que yo quiero.

A veces me da pereza la poesía.  
Es como un chiste malo,  
como esa frase que con el tiempo  
no sabemos por qué hemos subrayado.  
Pero al día siguiente, o al minuto  
—basta con que me llame la atención algo—,  
como si las palabras rotaran más deprisa  
se me calienta el pecho y me empiezan a sudar las manos.  
Parezco otro,  
o el mismo pero visto desde otro lado.  
Y las palabras me pesan más en la lengua,  
aunque ni siquiera las esté pronunciando.  
No sé adónde iré en ese momento,  
pero debe ser un sitio alto  
porque cuando vuelvo a ser el de antes  
siento que me caigo.

Ahora otra vez perezoso,  
espero al menos que no harto,  
me pregunto si es bueno ponerse así  
si es saludable ese estado  
o si debería dejarlo por un tiempo  
porque en verdad no sirve demasiado.

Que me arrastre la poesía  
 pues no hay mejor corriente  
 que aquella que me guía  
 a sentirme igual de diferente.

Siempre hay un motivo para seguir.  
 Lo único es que a veces es difícil encontrarlo.  
 ¿Por qué si no iba el cuerpo  
 a gastar tantas lágrimas llorando?  
 Basta mantener la esperanza de leerse Guerra y paz,  
 aunque seguramente al final no lo leamos.  
 Basta con que nuestro grupo favorito (los Libertines, por ejemplo)  
 saque una nueva canción después de tanto.

Siempre hay un motivo para seguir.  
 Siempre hay algo.  
 Siempre hay alguien que nos puede alegrar  
 solo con llegar a él pensando.  
 Siempre hay una palabra que nos puede distraer  
 al intentar recordar su significado.  
 Siempre hay un dato asombroso que aprender,  
 como un bostezo en medio del llanto.  
 Siempre hay un motivo para seguir:  
 la curiosidad quizás de adónde nos lleva tanto adelanto.

Podemos creernos las peores personas del mundo,  
 pero siempre habrá alguien que nos vea distinto de como solemos mirarnos,  
 alguien que le dé la vuelta a todo,  
 como si un espejo pudiera abrazarnos.  
 Cuando perdemos toda esperanza,  
 seguro que hay algo que estamos pasando por alto  
 por mucho que no queramos reconocerlo  
 de lo orgullosos que nos ponemos cuando lloramos.  
 Por eso,  
 cuando caigamos en el más triste de los estados  
 lo mejor es animarse y pensar  
 que hay algo que se nos está olvidando,  
 que si no no lloraríamos  
 ni apretaríamos con tanta rabia las manos.

Es verdad que hay momentos  
en que todo lo que parecía animarnos  
se convierte en engaños estúpidos  
con los que día a día nos conformamos,  
pero eso es porque en esos momentos  
no somos conscientes de lo que en verdad nos mueve de esos engaños.  
No son sus historias bonitas.  
No son sus buenos ratos.  
Es que todas esas cosas son la prueba  
de que debajo de la vida hay algo,  
algo que no importa que un día sea bueno  
y que otros nos parezca injustamente amargo.  
Lo que importa es que siempre da un motivo para seguir,  
aunque solo sea para seguir llorando.

37

Me voy a morir pronto.  
Sí, lo he decidido.  
No. No me voy a suicidar.  
Es morirme lo que necesito.  
Es verlo todo desde fuera,  
es saber lo que la gente opina cuando me haya ido.  
Es saber si de verdad  
sirve para algo todo lo que he sido,  
si todavía me queda algo que dar  
o si puedo estropear todo si sigo.  
Me voy a morir pronto.  
Sí, ya está decidido.  
Aunque si hace falta volveré,  
porque esta vez no es un suicidio.

Yo me reiría un poco más.

Total

¿qué cuesta aparentar que te hace gracia?

¿Qué cuesta entusiasmarse?

Puede que tú ya no vayas a encontrar  
la felicidad nunca.

Y nadie te culpa por ello.

Tu vida se ha empeñado  
en destrozarte la sonrisa.

Pero ríete un poco más.

Total.

La mejor manera de vengarse  
es devolviendo lo contrario.

Solo tienes que esconder  
las rajadas que al reírte  
se abren,  
más profundas cada día  
en las comisuras de tu corazón.

Pero qué más da.

Total.

Ya tienes el corazón  
lleno de rajadas.

Y ya que hay que morir,  
¿por qué no reírse un poco más?

¿Qué te cuesta aparentar  
que la vida te hace gracia?  
¿Qué te cuesta  
disimular el sufrimiento un tiempo más?

Ríete todo lo que puedas.

Total.

Para divertirse un poco más,  
para que sigas sufriendo,  
la vida seguirá manteniéndote vivo.

Fíjate qué tontería:  
comprar un aguacate en un supermercado.  
No podría haber nada más insulso,  
nada más liviano.  
Pero al paso de los días  
hasta eso puede volverse terriblemente amargo.  
¿Por qué me habré acordado justo de eso?  
No lo sé.  
Quizás algo que haya visto me lo ha recordado.  
Lo cierto es que cualquier situación,  
cualquier pequeña estupidez del pasado  
recuerda amargamente  
lo imposible que es aprovecharlo,  
y devuelve esa terrible sensación  
de ver que realmente al final  
ni un aguacate se puede conservar para siempre en la mano.

Así que esto era:  
amar no tenía por qué doler,  
simplemente fue que aquellas  
no me llegaron a querer.  
Así que no importaba cometer errores,  
no importaba no estar siempre bien,  
no era que mis tonterías  
nos hicieran retroceder.  
Era eso. Era simplemente  
que a aquellas les gustaba, pero no me llegaron a querer.  
Era eso. Ahora lo sé.  
Ahora que tú has llegado  
y mis defectos  
no son excusas para retroceder.  
Ahora que me quieres de verdad.  
Ahora que hasta lo malo está bien.  
Era eso.  
Ahora es muy fácil de ver.  
Ahora que ya solo me preocupa  
que a ti tampoco te duela, como a mí entonces, querer.

Otros sí.  
Pero yo no.  
Por eso siempre creo  
al resto mejor que yo.  
Tú sí.  
Pero yo no.  
Por eso mejor vete  
adonde no esté yo.  
Porque yo soy así.  
Pero tú no.  
Y aunque quieras serlo,  
siempre te creeré, como a los otros, mejor que yo.

Me hizo tan pequeño  
que pude esconderme  
detrás del corazón.  
Y así durante un tiempo  
nadie me encontró.

Como las olas, que a golpes van  
acercándose a mis chanclas  
y las rozan poco a poco  
y las arrastran luego lentamente  
hasta acercarlas a otras olas  
para expulsarlas después.  
Como las olas,  
que tras ese jugueteo con mis chanclas  
finalmente las engullen  
y las van llevando adentro  
más y más lejos de la orilla  
hasta hacerlas desaparecer.  
Como las olas,  
que aunque empujan hacia fuera  
engullen hacia dentro.  
Como las olas.  
Así es el amor.  
Y yo  
como unas chanclas en la orilla,  
aceptando que me arrastren,  
con la sola resistencia  
de unos surcos en la arena,  
de unos surcos que son solo  
caricias que enseguida  
las olas borrarán.

No sé lo que tendré en el corazón,  
pero parecen cuerdas,  
cuerdas que al rasgarse  
me susurran melodías.

No sé lo que tendré en el corazón,  
pero hay palabras  
que al oírlas hacen que me vibren las pestañas.

No sé lo que tendré en el corazón,  
pero hay cosas invisibles  
que despedazan mis pupilas.

No sé lo que tendré en el corazón  
ni si tendrán otros lo mismo,  
pero a veces, cuando alguien lee algún verso mío,  
puedo sentir como mía su tristeza,  
como si en el corazón tuviera  
la tristeza de todas las personas,  
como si en el corazón tuviera las cuerdas que encendieron  
la música que distinguió al hombre de la nada  
y le dio la tristeza suficiente  
para empezar a plantearse su existencia.

No sé lo que tendré en el corazón,  
pero sé que hay versos que sin duda se parecen a lo que tengo.

Se me escapan los dedos de las manos  
y no puedo coger ya nada.

Se me caen del dolor los ojos tristes  
y no puedo besar como besaba.

Se me caen, se me caen los ojos tristes,  
se me caen los labios y la cara.

Menos mal que la vida quita años  
a la vez que va quitando ganas.

Y así, después de todo, lo que cae  
es lo que ya no se necesitaba,  
lo que ni siquiera se recuerda  
para qué se usaba.

Se me escapan los dedos de las manos.

Se me cae la cara.

Y ya no recuerdo demasiado bien  
si la sonrisa era con lo que se lloraba.

Me gusta la gramática.  
Y por eso me gusta la poesía.  
O al revés.  
Me gustan las milimétricas palabras,  
las que miden con precisión  
la longitud de la garganta,  
el tamaño de mi corazón,  
la nitidez de los matices,  
las deícticas terribles diferencias  
entre los pronombres «tú» y «yo».

Me gusta la poesía.  
Y por eso me gusta la gramática.  
O al revés.  
Me gusta controlar  
todos los rasgos que se esconden  
detrás de los símbolos escuálidos  
a quienes confío mi alma,  
a quienes dejo mis recuerdos  
como los padres a su hijo  
en su primer día de guardería, fuera de casa.

Por eso me gusta la gramática.  
Por eso me gusta la poesía.  
Porque cuanto más froto mi tiempo sobre ellas  
más nítido veo el reflejo  
de lo que se esconde en su interior,  
en mi interior,  
en mi grammatical ternura,  
en las minúsculas partículas  
de mi poético y a simple vista inexistente  
instinto de amor.

¿De verdad fue así? ¿Eso fue todo?  
 ¿Tanto me costaba perdonarte?  
 ¿Por qué los recuerdos siempre actúan  
 cuando ya es demasiado tarde?  
 ¿Solo porque no te escribí  
 o porque a ti no te llegó el mensaje?  
 ¿Tanto poder tienen las palabras?  
 ¿Tanto puede influir una frase?

No creo que fuera así. Algo más hubo.  
 Algo nos tuvo que pasar antes.  
 O quizás es que para quererse  
 no basta con admirarse.  
 No entendemos que los defectos  
 son inevitables  
 y que por eso las reacciones  
 son lo más importante.

Tuvo que ser eso. Por eso me marché,  
 a pesar de que creo que llegué a perdonarte.  
 Por eso no te escribí.  
 Por eso no te llegó el mensaje.  
 Por eso los recuerdos  
 actúan tan tarde.  
 Y es mejor porque suelen  
 elegir solo las mejores partes,  
 porque no entienden de la vida,  
 porque son parciales  
 y siempre al que recuerda  
 es al que declaran culpable.

De verdad fue así. Eso fue todo.  
 Así es como aprendí a olvidarte  
 y aprendí a esperar  
 a quien hasta discutiendo supiera amarme.  
 Y tú no tenías la culpa.  
 Por eso no me costó perdonarte.  
 El que ignora los recuerdos  
 sabe que nunca hay culpables.  
 Pero sí hay cómplices  
 cuando el delito es amarse,  
 cuando la culpa es de los dos

porque el móvil es el mismo por las dos partes,  
cuando el futuro es el presente,  
cuando los recuerdos son reales  
y están desde el principio ahí  
y por eso ya no actúan tarde.

48

Señores,  
la poesía no es una acción,  
a no ser que sean ustedes Celaya,  
que no lo son.

49

Igual que la música  
no deja de ser en su esencia ruido  
y por mucho que se quiera a alguien  
su cuerpo no deja de hacer sombra los días de menos frío.  
Igual que aun las palabras más bonitas  
son aire chocando por la boca, que no choca en cambio en los suspiros.  
Igual que para el corazón  
el amor son más rápidos, pero solo latidos.  
Así morir  
es solo una parte del camino  
y vivir,  
vivir es la oportunidad de hacer que otros  
encuentren la felicidad en nuestro recorrido.

La magia del mundo, como toda la magia,  
solo es un truco para engañar a nuestros sentidos,  
pero la cosa es que solo la magia  
consigue que olvidemos que todo se reduce a latidos.

Hoy siempre será mañana  
Wislawa Szymborska

Es que mañana  
ya no será el día siguiente.  
Las cosas tienen sentido como mucho  
cuando suceden.

Es que mañana  
hoy ya no será nada,  
a pesar de nuestra desviación genética  
de recordar las cosas pasadas.

Es que mañana  
es la presunción del hombre  
de cercar el tiempo,  
como si el tiempo no fuera el motivo de todas las decepciones.

Es que mañana  
puede que ya esté muerto  
y no cambiará nada,  
solo se desestabilizarán  
algunos planes y recuerdos.

Es que mañana no existe  
y el ahora es tan pequeño, que solo pensamos  
por esa perversión de la materia  
de unirse para ser algo.  
Cojamos sin pensar una millonésima parte de un segundo  
o un átomo.  
Y dejemos que el tiempo gire a nuestro alrededor  
sin poder inyectarnos ya ni futuro ni pasado.

¿Por qué me ha tocado a mí ver cosas  
que otros parece que no ven?  
¿Por qué estoy tan seguro de que otros se equivocan  
y, sin embargo, no hago más que intentarles creer?  
¿Por qué me callo siempre cuando gritan?  
¿Por qué soy tan fácil de convencer?  
Soy el llamado a convencer al mundo  
pero sé que es el mundo el que me va a convencer.  
¿Por qué me hicieron ver las cosas  
como si estuvieran hechas de papel?  
¿Por qué les digo solo lo que quieren  
y me adapto a sus maneras de ser?  
¿Por qué sigo dejándoles creer que sienten  
y que saben cómo es mejor en verdad ser?  
¿Por qué si por dentro solo hago caso a las preguntas  
que nadie ha sabido nunca responder?  
Soy como el que sigue hablando solo  
cuando ya todo lo suyo se le fue.  
Soy como el que ve cosas desde lejos  
que, incapaz de cambiarlas, preferiría no ver.  
Soy como el que grita bajo el agua,  
o al que le sigue gustando un poema aunque esté arrugado el papel.  
Soy como el que cree que son malos sus regalos  
porque siempre se le rompe el papel al envolver.  
Soy como el que ve pasar los años  
y los ve como muestras de que era verdad que no era él.  
Soy el que siempre ha esperado ser alguien  
que en verdad no se ha atrevido nunca a ser.  
Por eso, para evitar el cargo de conciencia escribo de reojo  
poesías que simulo que no quiero que se lleguen a leer,  
como el que quiere aparentar querer que muera  
dejando abandonado en medio del bosque a su bebé.

Yo pensé que superar algo  
era solo dejar pasar el tiempo  
como con una picadura  
o como una toalla que se seca con el viento.

Yo pensé que superar algo  
no era más que dejar de pensar en ello,  
distraerse con la vida,  
recordar poco a poco  
lo que se hacía cuando se tenía más tiempo.

Por eso cuando apareció en sus ojos  
la misma silueta que el día que le di aquel beso  
tuve la misma sensación  
que cuando me caigo en un sueño.

Y entonces comprendí que superar algo  
no es solo seguir estando despierto,  
no es solo sentarse a esperar,  
es andar, andar y caerse al suelo.

Y que es mejor si el tiempo pica  
y que es más rápido secarse si hace mucho viento  
y que no está mal si nos distrae la vida  
con recuerdos.

Solo así  
habría podido superar aquello  
y al verme reflejado en su mirada  
me habría visto igual, pero más viejo.

Lo malo es que no se deja de querer en un momento.  
Se sigue queriendo.  
No importa saber que estar juntos  
es el único camino que no lleva al amor verdadero.  
Se sigue queriendo,  
y eso es lo malo,  
que se siguen conociendo las reacciones de la otra persona  
ante los recuerdos.  
Y se sigue sabiendo  
lo que la otra persona opinará  
de las últimas noticias, de los últimos sucesos.  
Eso es lo malo,  
que el amor se confunde fácilmente con seguir queriendo,  
y seguir queriendo a veces,  
incluso aunque los dos sigan queriendo,  
puede no ser más que el contradictorio temor,  
el miedo,  
de que en la espera de acabar con esa inútil relación  
se vaya con otro nuestro amor verdadero.  
Se deja de querer, sí,  
pero a veces es peor seguir queriendo.

No cometo faltas de ortografía  
pero sí me salto los signos de puntuación  
cuando escribo poesía  
Mi alma tiene prisa  
A diferencia del cerebro  
el corazón no parece entender bien la sintaxis  
No hay puntos entre versos  
porque los sentimientos son solo uno  
como una fue la que me destrozó  
Y a pesar de que ahora tengo más tiempo del que tenía antes  
para recordarla  
no tengo tiempo para pararme en las comas  
y distinguir si este sentimiento es de tristeza  
o de pena o de amor por otra o de alegría de que por fin se fuera  
Qué más da si como los planetas  
y las estrellas  
estos sentimientos no son más que restos  
del gran sentimiento central que tenía  
cuando creía en el amor  
cuando era ingenuo y pensaba  
que si algo estaba bien  
se podía quedar así para siempre

Se acaba el verano  
otra vez  
cada año distinto  
pero lo mismo cada vez.  
Da igual que se presente un buen otoño,  
da igual que no haya ya nada que perder,  
siempre tengo ese tonto día de verano  
con la pesada sensación de tener que volver a nacer.  
Siempre hay algo que me ata al pasado,  
una cuerda que no rompo porque sería demasiado fácil de romper,  
una carga donde lo que más pesa  
es todo lo que me ha salido bien.

Se acaba el verano  
y es normal que tenga sed,  
estoy lejos del mar,  
lejos de donde el presente es más fácil de entender.  
La naturaleza entera  
mira al cielo para ver cómo empieza ya a llover,  
cómo empiezan ya los días  
en los que se muestra nuestro verdadero color de piel,  
esos días que tanto me abruman ahora,  
pero que son en los que al fin y al cabo te empecé a querer,  
esos mismos días en los que puedo volver a hacer cosas distintas  
otra vez.

Se acaba el verano y es triste,  
pero no tanto como cuando llueve y no se sabe por qué.

¿Cómo fue?  
¿Estabas tú triste?  
¿Estaba yo con ganas de perder?

¿Cómo fue?  
¿Dije yo esas palabras?  
¿Tanto me dolía querer?

¿Cómo fue?  
¿Se puede querer mucho  
y mal a la vez?

¿Cómo fue?  
¿Cómo pude irme lejos  
si lejos era aún un sitio por establecer?

¿Cómo fue?  
Recuérdamelo,  
porque quiero seguir queriendo,  
pero hay errores que no quiero volver a cometer.

Recuérdamelo  
aunque fue el día más triste de mi vida,  
y por eso lo olvidé.

Recuérdamelo  
porque ya me basta con no perder a otra persona  
como perdí a la única a la que he querido querer.

Recuérdamelo.  
Sí. Recuérdame cómo fue.  
Solo te pido ya eso.  
Y después supongo que me iré.

Ya sabes que puedo ser muy bruto,  
que a veces doy luz,  
pero a veces electrocuto.

Ya sabes que es mejor si estoy contento,  
que cuando estoy enfadado  
soy capaz de decir cosas que creo que no siento.

Sabes que si me voy dando un portazo  
no es que no te quiera  
es mi extraña forma en ese momento de darte un abrazo.

Y que si me escondo  
y no cojo tus llamadas  
no es que haya caído en un agujero muy hondo.  
No se oye mi voz porque no grito.  
No se me ve porque estoy quieto.  
Es difícil gritar y decir algo bonito.  
Es difícil cumplir todo lo que prometo.

Ya sabes que me sé poner muy tonto,  
pero sigue llamando, por favor, sigue insistiendo,  
que ya sabes que esto se me pasa pronto,  
sigueme escribiendo.  
Ya sé lo raro que parece,  
pero ya sabes que llegar a este extremo  
es mi forma de querer a veces.

Como el que adaptado a la noche  
va a oscuras a otra habitación  
y allí enciende la luz  
y al volver no ve tan bien  
como a la ida.  
Así voy yo,  
andando a tientas  
hacia un cuarto  
que un día dejé  
cuando ya me había adaptado bien a la noche.

Estamos locos.  
 Nos hemos convencido  
 de que estamos hechos el uno para el otro.  
 Muy locos, sí.  
 Pero es que yo sin ti estoy mal hecho.

Pero si tú lo consigues todo.  
 No vengas ahora con que no te quise bien.  
 Podrías haberme engañado como tantas veces.  
 Podrías haberme engañado como la primera vez.

Creo que por primera vez  
 lo hice bien desde el principio.  
 Me empecé por enamorar de tus defectos,  
 los mejores que conozco,  
 los más divertidos y los más tristes,  
 y luego ya fue todo fácil.  
 Cuando menos te quiero  
 pienso en lo que me gustabas  
 cuando solo eras defectos  
 cuando eras mi preciosidad defectuosa,  
 mi alma gemela,  
 la muestra  
 de que lo que más le preocupa a uno desde siempre  
 es lo que más y mejor enamora luego  
 al que por fin llega  
 y te quiere de verdad,  
 la muestra de que los defectos  
 son en lo que más gusta parecerse  
 porque son lo más triste y divertido  
 que uno tiene.

No sé si es  
 como el eructo de un bebé  
 o como una astilla clavada  
 o como el nombre de ese actor  
 que siempre nos cuesta sacar,  
 pero es un alivio  
 cuando sale el poema buscado  
 del que no sabíamos ni el tema al principio,  
 como cuando alguien nos recuerda  
 de qué estábamos hablando.  
 Es como ese beso  
 que no se sabe por qué  
 de repente sale distinto.

Entre el corazón y la garganta,  
 en esa parte donde tanto duele guardar cosas  
 porque no hay donde dejarlas.  
 Ahí se quedan los últimos te quieros,  
 los últimos impulsos necesarios para dar un beso.  
 Por eso duelen más que los demás.  
 Porque aprieta  
 y uno no sabe si expulsarlos  
 como triste aire que cree que tiene un sitio adonde ir  
 o tragártelos  
 y esconderlos en el cuarto  
 donde los sentimientos saltan ilusionados  
 cada vez que oyen pasos fuera.

Entre el corazón y la garganta,  
 en esa parte que no está preparada  
 para guardar cosas para siempre,  
 en esa parte que no se ha adaptado  
 a la condición del ser humano de amar a medias.

Hay voces de niños que me recuerdan algo,  
quizás que la vida no es tan lineal como decían...  
Tal vez no es verdad que se cambia,  
solo se pesa más  
y se va más despacio,  
aunque se cae más deprisa.  
Esas voces de niño no me recuerdan nada,  
porque no son de niño.  
Son mis sueños,  
que ponen esa voz  
para ver si de una vez me doy cuenta  
de que no se cambia,  
que se puede seguir luchando por lo que uno quería,  
aunque la voz se ponga grave  
y parezca que se cae más deprisa,  
aunque se va más despacio.

¿Celos? Ja, ja.

Esto no son celos.

Esto es que estoy enamorado de ti,  
que hasta te echo de menos cuando parpadeo.  
Esto es que el miedo de perderte  
bloquea lo que sé del mundo cuando estás lejos.  
Esto es que temo que alguien descubra en ti  
lo que me hizo a mí seguir viviendo.  
Es que temo que mirando a otro  
te asuste lo mucho que te quiero.

¿Celos? No sé si serán celos.

No es que me importe que hables con uno  
ni que él te intente dar un beso,  
lo que me importa es haberte conocido tan tarde  
cuando ya todo parece poco tiempo,  
cuando ya tengo demasiado amor guardado  
y la prisa me obliga a sacarlo poco hecho.

¿Celos? Sí, creo que así los llaman,  
pero en verdad son pizcas crudas de amor eterno,  
que tiene que adaptarse a mis sentidos,  
que tiene que aceptar que existe el tiempo.

¿Celos? Sí, seguramente celos.

Celos de que el amor en ti no se desborde,  
de que sean demasiado largos tus parpadeos.

Celos de estar lejos de ti a veces  
y que no se te note en la voz ni un poco de miedo.

¿Celos? Sí, celos.

Celos de que a veces me hagas plantearme  
si es normal lo mucho que te quiero.

esas frases que nadie como yo te dirá  
José Ángel Buesa

Me pasa con todo.  
No solo con el amor.  
No es que me moleste el éxito de otros,  
es que siento que yo podría hacer lo mismo, pero mejor.

Ese mismo beso te lo habría dado cogiéndote la mano  
y haciendo que te retumbara el corazón.  
Esa palabra tan bonita  
te la habría dicho mucho antes yo  
y hasta te habría explicado su origen  
y la habría rodeado de versos con mi voz.

Ese anillo... Buah.  
Yo te habría dado uno menos caro, pero con más valor.

Y eso es lo que me pasa con todo.  
Y no solo con el amor.  
Y todo porque no me cabe en la cabeza  
que para cada uno es distinto lo mejor.

Que a ti te intimida que te cojan tan pronto de la mano  
y te duele cuando te retumba el corazón.  
Y no te gusta que te digan que te quieren con poemas  
porque al recitar es verdad que cambia un poco la voz  
Que para ti cualquier anillo que él te hubiera dado  
a pesar de su precio habría tenido el mismo valor.

Claro que era eso. No le dabas a algunas cosas  
la misma importancia que yo.  
Y por eso a mí me importó tanto que te fueras con otro  
pero a ti no.  
Por eso yo sigo siendo uno  
y tú eres ahora dos.  
Porque tú entendiste que cada uno tiene su manera  
de entender lo que es mejor.  
Yo, en cambio, no entendí que no siempre es lo mejor lo que uno quiere,  
y él sí lo entendió.

Después de nadar entre las olas,  
después de contar inútilmente las estrellas que caben en el cielo  
cuando estoy a solas,  
después de tanta luciérnaga,  
de tanta excusa para no aceptar  
que uno no quiere de verdad hasta que no entiende por qué se enamora.  
Después de tanta lágrima  
que ya no sé si lloraba apostando,  
como me siento ahora  
es como si estuviera en una colchoneta  
tumbado plácidamente sin que me importen las olas,  
como cuando de pequeño me quedaba a gusto solo,  
pero sin estar a solas,  
como cuando las luciérnagas, las estrellas o las flores dan igual  
porque solo son rellenos para el que en verdad no se enamora.  
En una colchoneta, sí, con la plácida calma  
del que es feliz por fin en el ahora  
y aunque sabe que en un tiempo hay que volver a andar  
de momento cierra los ojos cinco minutitos más apostando.  
En una colchoneta, sí, contigo...  
Ya volveremos a la orilla cuando sea la hora.

Era imposible que conociera la tristeza de verdad.  
No. Porque aún no era consciente  
de lo triste que es un día sin verte.

Lloraba porque suponía que había que llorar,  
por eso podía ponerme triste de repente.  
Lloraba porque yo también quería tener  
a alguien que me diera una excusa para dejar de ser fuerte.  
Lloraba apostando, sí.  
Por eso todos mis poemas de amor tenían ese regusto a muerte.

Y en cambio ahora, cuando con más razón podría ponerme a llorar  
porque ahora sí sé lo que es un día sin verte,  
cuando más cerca estoy de la tristeza  
porque es tan fácil como que se te olvide que lo nuestro es para siempre,  
cuando siento lágrimas por todo el cuerpo,  
ni apostando me sale ya llorar, ni de repente.

Los que lloraban era porque no sabían  
que un día basta para ridiculizar a la muerte  
que al que ama de verdad  
las lágrimas le saben menos fuertes  
porque van almacenando besos  
y van llenando el alma de una tristeza diferente,  
de una tristeza que no hace llorar,  
que hace querer estar juntos siempre.

Lloraba apostando, sí. Por lo triste que creía que iba a ser quererse.  
Ahora sé que querer  
es lo más lejano que existe de la muerte.

sin luna, sin nostalgia, sin pretextos  
Mario Benedetti

Antes eran rellenos.  
Ahora son adornos  
las estrellas, las luciérnagas y las flores.  
Yo también caí en el empeño de que una sea la correcta  
que tenemos todos cuando somos jóvenes.  
Y la llené de estrellas,  
la llené de luciérnagas y flores  
para que se adaptara a mis promesas,  
a mis sueños, a mis recuerdos, a mis temores.

Ahora no es difícil verlo,  
cuando la experiencia ha vivido lo suficiente para sacar conclusiones:  
las estrellas se apagan, las luciérnagas mueren,  
se marchitan las flores.  
hay algunas que tardan más tiempo,  
pero a todas les pasa justo después de que uno se enamore,  
en el momento exacto en el que ya no distinguimos  
promesas de tentaciones,  
falta de amor en ella  
de nuestros errores,  
días de insomnio,  
de reconciliadoras noches,  
lo importante que es para nosotros  
del miedo al daño cuando nos abandone,  
los rellenos que le hemos puesto  
de lo que en verdad su amor supone.

Antes eran rellenos.  
Ahora son adornos.  
Por eso dejé de culparme de haber marchitado en las manos  
tantas flores,  
de haber apagado luciérnagas y estrellas,  
de haber estropeado tantos amores.

Los rellenos siempre caen  
aunque no se vea porque las reconciliaciones no dejan pensar por las noches,  
Los rellenos caen  
y los recuerdos no valen porque proceden de la misma persona que los pone.  
Los rellenos siempre caen.  
Lo comprendí cuando chocaron de frente con tu nombre  
y los usé de adornos  
por no tirarlos y que les volviera a dar mal uso otro enardecido joven.

(Qué raro es el cumpleaños de alguien  
cuando de pronto no cumple un año más)

Que quedaba algo, decía,  
que quedaba algo del que muere.  
¡Qué iluso! ¡Queda más!  
Porque se recuerda más al que está ausente,  
porque se sueña más con la persona  
y parece como si los sueños tuvieran más relieve,  
porque ahora ponemos más ahínco al hablarle  
porque no sabemos si nos entiende.  
Queda más porque hay personas tan buenas  
que aun cuando se mueren  
siguen dándonos la mano  
si notan que la vida nos duele.  
Queda más porque en su torpe bondad no se dan cuenta  
de que ahora sentirles escuece,  
ahora tocarles nos hace sentir más solos  
porque sabemos que pueden acercarse, pero no vuelven.  
Sentirles nos hace dudar  
si cogerles fuerte de la mano  
o dejarles ya que se vayan para siempre

Venga, que se puede con la vida,  
que podemos todos,  
que no nos hagan sentir mal las máquinas,  
las cosas eternas,  
que nosotros aparte de alma  
también somos materia  
y no nos destruimos.

Me declaro incapaz de seguir viviendo.  
 O, mejor dicho,  
 me declaro indisposto,  
 que capaces hay muchos  
 por lo que veo.  
 Estoy harto de aprender  
 las horribles cosas que he tenido que ir aprendiendo:  
 que es sano mentir a veces,  
 que no es bueno ser bueno,  
 que es un cobarde  
 el que no se atreve a dar un beso,  
 que hay que dedicarse a lo que uno quiera,  
 eso sí, cuando ya nos hayamos buscado un buen sueldo,  
 que hay que disfrutar de la vida,  
 pero más tarde, después de trabajar, que si no hay demasiado tiempo.

Y yo no puedo más.  
 Me declaro indisposto.  
 Tengo ganas de tumbarme en la vida  
 y, como en el agua, hacer el muerto.  
 Al fin y al cabo tengo todo lo que tiene el mar,  
 agua y sal, las lágrimas pueden ser mi sustento.  
 Voy a hacerme el muerto, sí,  
 abriré mucho los brazos y meteré el culo para dentro.  
 Así es como mi madre me enseñó  
 que había que hacerlo  
 en aquella época en la que aún estaba de acuerdo con las cosas  
 que iba aprendiendo,  
 cuando todavía me quedaba ilusión por cambiar  
 el instinto del ser humano aplicando nuevos medios,  
 cuando aún me quedaban además  
 buenas razones para hacerlo,  
 cuando aún no había ganado la batalla  
 la parte del ser humano que, no sé si para bien o para mal, nos llevó a ser esto.

Ahora supongo que ya como todos he llegado a esa edad  
 en la que a todos nos dan ganas de declararnos indispostos,  
 pero como somos capaces  
 seguimos viviendo.

Te da envidia. Eso has dicho.  
 Te da envidia la gente que me conoció  
 antes de que tú me conocieras.  
 Si tú supieras...  
 Si tú supieras cómo era yo hasta que te conocí.  
 Era igual, quizás, era el mismo, sí,  
 pero si supieras cómo era...  
 Que no te dé envidia  
 Si tú supieras...  
 La gente que me conoció antes que tú  
 me conoció cuando sin ti yo no merecía la pena,  
 cuando era como una impresora con el cartucho medio gastado,  
 que da igual que sea muy buena.

Que no te dé envidia,  
 como mucho que te dé un poco de pena  
 no haber estado juntos desde antes  
 ahora que contigo esta impresora que te quiere tanto  
 está siempre llena.

Ya no.  
 Con lo fácil que era hacerlo bien.  
 ¿Fácil?  
 Pero si es que yo no soy así.  
 ¿Por qué cambia tanto querer?  
 ¿Cambia o saca lo que soy?  
 No es fácil hacerlo bien.  
 Es imposible.  
 Siendo como soy.  
 Siendo como somos.  
 Por eso hay que encontrar a la persona  
 con quien no importe hacerlo mal  
 si es que queremos querer  
 si es que queremos hacer bien  
 lo que de manera irremediable se hace mal.

No creo que sea que la sigo echando de menos.  
 Es más bien  
 la satisfacción de saber  
 que no todo acabó tan mal como dijimos.  
 Ese *megusta* sin venir a cuento...  
 Yo que la conozco  
 noté en ello un guiño,  
 una reconciliación en la distancia  
 de esas que no sirven para querer volver,  
 pero sí para saber que no fue tan malo todo.  
 Es como una reconciliación hacia atrás,  
 como un juego que se traen nuestros recuerdos entre manos,  
 al margen de nosotros.  
 Por eso sentí esa satisfacción,  
 la satisfacción de saber que ya todo pasó  
 y que ya por fin no es triste echar de menos.

Me llegó el alma una noche  
 con una de sus orgullosas preguntas:  
 ¿No te dije hace ya tiempo  
 que pronto te amaría alguna,  
 que esperaras tranquilo  
 que vendría una a besarte con ternura?  
 Yo le respondí con ese tono amargo  
 con el que se le habla al alma cuando es inoportuna.  
 ¿Y no te dije yo que sí,  
 que no había prisa alguna,  
 que esperaríamos a que viniera  
 la que supiera lo que hacer con las heridas que no se curan?  
 Pero es que tú no entendías  
 que para mí la espera era una tortura,  
 que tú eres espíritu y te pones triste  
 pero yo soy también cuerpo y me duele si me arrugan,  
 que a ti te pone melancólica,  
 pero a mí me puede volver loco la luna  
 y los sueños para ti son algo más  
 pero a mí si no se cumplen me derrumban  
 y que a ti el tiempo te da igual  
 pero a mí la muerte me asusta.

El alma respondió: Sí, es verdad,  
tu dolor no se puede comparar con mi amargura.  
Yo soy aire y me atraviesan  
los rayos de la luna.  
Y es verdad que seguiré viva  
cuando tu sonrisa deje de esconder las heridas que no se curan.  
Pero tienes que saber  
que quizás es mejor vivir sólo lo que la vida dura,  
que es mejor saber por qué duelen las cosas cuando duelen,  
algo que mi tristeza no tiene claro casi nunca,  
que tú te irás y yo me quedaré, sí,  
pero me quedaré sin ti, viviré desde entonces a oscuras  
y no podré soñar ya para ti  
los sueños que te preparo cada noche para que no sufras,  
los que te preparaba, no sé si acertadamente,  
para que tu espera no fuera una tortura,  
los que preparé para celebrar  
que llegara ella y te besara con esa ternura  
cuando yo empezaba a estar ya inquieta  
porque no encontrabas a ninguna  
y ninguna parecía entender  
esa brusca dulzura tuya,  
cuando el tiempo pasaba y tú no querías estar más solo  
y yo no sabía ya cómo hacer para disimular la angustia.  
No digas que no entiendo tu dolor  
porque a mí tu muerte, quizás no me duele como a ti,  
pero también me asusta.

es lisonja de la pena  
 perder el miedo a los males  
 Sor Juan Inés de la Cruz

Las penas envalentonan.  
 Por eso uno no se retira de estar triste,  
 igual que en una pelea  
 uno no para aunque sus amigos se lo piden.  
 —Yo puedo con todas—  
 uno a sí mismo se dice.  
 Y no puede, pero las penas  
 le mantienen un buen rato peleando para divertirse.  
 Y le dan mil golpes cargados de miedo del futuro,  
 pero a la vez le dan un recuerdo bonito con el que cubrirse.  
 Le envalentonan porque le hacen creer  
 que ahora que es mayor puede tumbar a los días grises.

Pero no. No se puede vencer a las penas.  
 Es imposible.  
 Por eso hay que aprender a asumir  
 que no pasa nada porque uno de vez en cuando se ponga triste.  
 Por eso hay que saber retirarse.  
 Hay que ser humilde  
 porque no es culpa de uno  
 que las cosas cambien tanto  
 según el momento del día en el que las mire.

¡Qué felices serían viviendo en un mapa  
 los que viven lejos!  
 Vivir a un palmo.  
 Que se mida en centímetros la distancia entre ellos.

¡Qué felices serían!  
 ¡Qué poco les importaría el tiempo!  
 ¿Para qué es tan grande el mundo  
 si somos solo puntos sobre el suelo?  
 Igual que los puntos de un mapa,  
 pero demasiado lejos.

Es eterno quien olvida  
porque rompe el tiempo,  
porque no sabe,  
porque no tiene ni idea  
de lo que le queda ahora.

Es eterno quien olvida  
porque ya no espera nada,  
porque ya no hay nada que le asuste.  
Ya solo le queda  
seguir viviendo para siempre  
hasta irse para siempre un día.

Pareidolias se llaman.  
 Reconocer, por ejemplo, imágenes en las nubes.  
 Y se pueden extender a los sonidos.  
 Que nadie me culpe.  
 Yo veía en sus palabras  
 las formas de los sueños que desde pequeño tuve.  
 Tenían sus manos  
 la forma de las piezas con las que resolví mi primer complicado puzzle.  
 Todo encajaba.  
 Hasta cuando no me quería  
 yo veía en sus ojos formas dulces,  
 sus pupilas tenían la forma del beso que no sé si me dio  
 cuando yo sí la besé en aquel, para mí, mágico Burger.  
 Por eso, tuvo que pasar un buen tiempo,  
 hasta que por fin lo supe.  
 Las cosas no duelen cuando pasan,  
 cuando duelen es ilógicamente cuando se descubren.  
 No me quería.  
 De pronto se me empezaron a venir encima todos los lunes.

Pareidolias se llamaban.  
 Esa ingenua manera de mirar las cosas que tuve.  
 O quizás simplemente fue que me enamoré  
 de alguien que cambiaba de forma con la lentitud de las nubes.

Por lo menos, desde entonces, antes de ver formas en las cosas  
 dejo que el tiempo las empuje  
 y solo esas que no cambian de forma  
 son a las que miro, porque sé que no confunden.  
 Y así esta vez sé que sí me han dado el beso,  
 aunque me lo hayan dado también un lunes.

Me pongo triste los martes.  
Será una enfermedad. No sé lo que me pasa.  
Tal vez alguna me dejó ese día...  
pero la verdad es que no recuerdo que ninguna me dejara.  
Siempre fui yo el que no supo entender  
que con ser felices bastaba.  
Tal vez murió alguien un martes  
o quizás es el día en que recuerdo que odio las semanas,  
en que recuerdo que el tiempo va pasando  
y nosotros como tontos lo ordenamos como si no nos importara.  
Tal vez los martes tengo más sueño que otros días.  
Hasta he llegado al absurdo de pensar que hubo una Marta.

Me pongo triste los martes. No sé.  
Y además sobre las 8. Es una cosa muy rara.  
Me entra como agobio por el pecho  
y siento que estoy malgastando mi vida haga lo que haga.

Menos mal que ahora tú los martes sabes  
que tienes que estar a las 8 puntual en mi casa.  
Tú que eres la única que sabe convivir  
con las tristes cosas que no sé por qué me pasan.

Me va quedando poco corazón.  
 Lo voy notando.  
 Por eso que no se lo dejen otros  
 me enfada tanto.  
 Tengo extrañas palpitaciones  
 que no tenía hace unos años  
 cuando aún no había arrancado con palabras  
 tantos sentimientos enquistados,  
 como si el alma no encontrara lo que busca  
 en el sitio de siempre al estirar la mano.

Me va quedando poco corazón  
 No sé si debería terminarlo.  
 Me da miedo que no quede ningún otro  
 que al escribir trate de transmitir algo,  
 que con un solo verso dé ganas de vivir,  
 aunque el verso sea triste y no sea largo,  
 alguien que de verdad tenga algo que decir  
 porque sabe dónde tiene los sentimientos clavados.

Me va quedando poco corazón...  
 ¡Qué poco corazón me va quedando!  
 Se nota con solo ponerme  
 en el pecho la mano.  
 No sé si algún poeta podrá ya devolverme  
 aunque sea un pequeño pedazo  
 de todo lo que por entender la vida  
 yo me he ido arrancando.

Me la encontré de día,  
 pero olía a noche.  
 No sé si a la noche en la que intentó besarme  
 o aquella en la que estropeé su nombre.  
 El caso es que olía a alguna de aquellas noches...

Para qué hundirnos en lo malo.  
 Lo que ya pasó, parece tonto decirlo, pero es pasado.  
 Veámoslo todo desde el lado bueno.  
 Qué bien que le dio a otro aquel beso.  
 Así aprendí que no es malo ser joven,  
 porque aún las cosas no recuerdan, sino que responden.  
 Qué bien que me dejó el corazón destrozado.  
 Así aprendí que, aunque apetezca,  
 el amor tampoco se empieza por el tejado.  
 Qué bien que perdí tanto tiempo pensando en ella.  
 Así estuve distraído  
 y no me preocupé de lo triste que sería perderla.

Para qué hundirme, pues, ahora en lo malo,  
 para qué pensar si ese «Te quiero» ya lo dijo  
 con el corazón mirando para otro lado.  
 Es mejor pensar que todo eso me hizo fuerte  
 y que por eso ahora puedo aguantar sin sufrir  
 más de dos días sin verte.  
 Es mejor pensar que el tiempo invertido  
 no hizo más que confirmar que, aun muerto,  
 se puede seguir estando vivo.  
 Qué bien que su cuerpo fuera tan suave.  
 Ahora sé que el tuyo lo es más,  
 ahora sé que lo perfecto es fácilmente superable.  
 Qué bien que, aun dejándolo yo, fuera yo el perjudicado,  
 ahora sé que intentar hacerlo bien y hacerlo mal  
 no es tan raro.  
 Qué bien de verdad que me diera tantos palos la vida  
 así consideré que era normal no ser feliz  
 a la edad en que serlo era una alegoría.

Lo malo es que aún me siento un poco culpable  
 de haberle hecho perder el tiempo,  
 de no haberle dado motivos suficientes para amarme.  
 Aunque, pensándolo bien, si sufrió o sigue sufriendo por mi culpa  
 será porque no se ha planteado las cosas como yo nunca.  
 El día que se las plantee seguro que dirá «Qué bien  
 que él supo hacerme sufrir  
 como le hice sufrir yo a él».  
 Y así los dos, viéndolo todo desde el lado bueno,  
 seremos por fin verdaderamente felices  
 aunque no nos olvidemos.

Cómo he podido tener tanta suerte  
de haber encontrado a mi persona.  
Puede que haya alguna más. No creo.  
Me pega más que sea ella sola.

Podría haber vivido en otra ciudad.  
Podría haberse asustado cuando le dije: «Hola».  
Podría haberme oído mal,  
haberse pensado que estaba de broma.

Pero no, porque la suerte es distinta  
cuando uno encuentra a su persona.  
Uno se siente más guapo, más inspirado,  
sus tonterías parecen más graciosas.

Y todo lo que parecía no gustarle a ninguna,  
ese defecto que parecía espantar a las otras  
de repente se vuelve perfecto y demuestra  
lo bonitas que son cuando le importan a otro nuestra cosas.

Cómo he podido tener tanta suerte, de verdad.  
Hasta me siento mal de haberme quejado tanto hasta ahora.  
Y eso que sigo pensando que era bastante improbable  
entre tantas tristezas encontrar a mi persona.

No sé si puedo.  
Piensa que ya soy mayor. Te diría que incluso viejo.  
Piensa que hasta a mí me cuesta creerme  
que esta vez son distintos mis *tequieros*.

No sé si puedo. No sé si puedo.  
Hasta he llegado a pensar  
que te quiero más porque te quiero menos,  
lo cual me parece bastante raro.  
No sé ni por qué me lo creo.

Y es que no sé si puedo.  
Pero es que te miro y veo  
todo lo que me inventé en otras, todo lo que decían que no me podían dar,  
a lo que yo les respondía que «bueno».

Te miro y siento que sí puedo. Aunque no sé si puedo.  
Piensa que yo había dejado el corazón  
como el que termina un libro sabiendo  
que no se lo va a volver a leer aunque o porque es demasiado bueno.  
No quería estropearlo más.  
Sentir que ya no es tan bonito al releerlo.

Por eso, no sé si puedo.  
Pero tú lees de otra forma,  
recitas mejor mis besos,  
y sabes leer que sí  
cuando yo digo que no puedo.

Hay que llegar un poco más lejos.  
 Somos capaces de más.  
 No nos conformemos  
     simplemente con hablar de amar.  
 Somos capaces de escribir cosas mejores.  
 Hay que dejar los sentimientos habituales atrás.  
 Saquemos ese extraño deseo  
     que a veces tenemos de que todo salga mal.  
 Saquemos esa envidia  
     que a veces la persona a la que queremos nos da.  
 La vida no es mejor cuando estamos con alguien  
     es simplemente que todo nos da un poco más igual.  
 Lleguemos al origen de las cosas,  
     a esa extraña y universal idea que es amar.  
 No nos conformemos  
     solo con echar de menos y suspirar.  
 Dejémonos de orgasmos, de sexo fácil, de fechas, de miradas,  
     de esas superficialidades que a los poetas de ahora les ha dado por explotar.  
 Lleguemos al fondo de todo.  
 Veamos lo que solo la poesía puede dar.  
 Esas ganas de llorar que incluso en los días más felices  
     de repente nos dan,  
     esos momentos que parece que no se han inventado  
     porque hay dos palabras que a nadie se le ha ocurrido juntar.  
 Dejémonos de juegos de palabras  
     que a cualquiera se le pueden ocurrir con solo mirarse un lunar.  
 Vayamos más lejos, que somos capaces,  
     que, aunque algunos se empeñan en ver solo la piel, somos algo más.  
 ¿Por qué si no todos los seres humanos han amado  
     y el que ha dicho que no se ha tenido que justificar?  
 ¿Por qué todos leen poesía  
     y el que cree no hacerlo un día descubre una pila de sentimientos sin clasificar?  
 Porque tenemos algo dentro,  
     algo especial,  
     algo que hemos camuflado entre palabras correctas y mediocres  
     y bajo el excesivo gusto que da acariciar.  
 Y todo porque se parece un poco a las palabras  
     y se parece un poco al gusto que una caricia nos da.  
 Pero no es solo eso.  
 Es algo más.  
 Es la capacidad de unirse a una persona  
     de una manera que ni la poderosa ciencia ha sabido explicar.

Es estar unidos sin contacto,  
sin que la muerte, el tiempo, una sombra puedan separar.  
Y eso lo podremos camuflar con muchas cosas,  
pero eso es amar.  
Y todos lo tenemos en la punta de la lengua,  
solo falta que los poetas, o quien sea, vayamos dando sinónimos  
hasta encontrar el de verdad.

88

Ya no sabes a recuerdos.  
¿Has besado a otros?  
Ya no sabes a tus besos.  
Besaba mejor tu foto.

¿Qué ha pasado? ¿Por qué has vuelto?  
¿Acaso ya sabes lo que es de verdad un corazón roto?  
¿Ya has visto que yo era como era  
pero al menos era distinto a otros?

Ahora vuelves, pero ya es difícil  
que recordemos exactamente cómo era todo.  
Esto no es como montar en bici:  
las cosas aquí se olvidan pronto.

Puedo hacer como que no sé  
que has besado a otros.  
Y podemos colocar de nuevo nuestras cosas,  
pero para saber dónde iban habrá que mirar fotos,  
para saber que ahí había algo  
habrá que mirar si dejó algo una marca en el polvo.

Podemos fingir, en fin, que los besos  
siguen sabiendo a nosotros.  
Pero siempre notaremos  
que estamos actuando, que somos  
como extras de nosotros mismos,  
que es un escenario todo.

Así que mejor ve a tu cuarto,  
desordena todas mis fotos.  
Limpia los surcos que los sueños dejaron  
en el polvo.

No olvides que aunque estuvimos tan unidos  
nos conocimos de casualidad en el fondo.  
Dejemos, pues, que la vida nos enseñe  
y volvamos a ser nosotros,  
aunque ahora sea cada uno por su lado,  
que es exactamente como estábamos  
antes de estar a punto de no conocernos por poco.

89

Como mínimo has hecho  
que me vea igual todos los días.  
Aún recuerdo los domingos  
cuando en el yo de entre semana no me reconocía.  
No entendía cómo podía estar  
tan distraído con la vida,  
cómo podía estar sin recordar que me faltaba algo  
durante cinco días.  
Era como si fuera otra persona,  
como si no fuera yo. No lo entendía.  
Me daba rabia dejarme llevar de esa manera  
por la alegre e inconsciente rutina.

Pero ahora tú como mínimo has hecho  
que me vea igual todos los días  
que los domingos no me avergüençe  
de esa persona que soy entre semana tan distinta  
y que entre semana no tema que se acerquen  
los estúpidos domingos de ajena melancolía.

Venga, despertadme,  
que el sueño ya se está haciendo  
demasiado largo.  
No sé distinguir la vida  
ni de mis sueños más raros.  
Así que despertadme,  
que creo que ya os he pillado.  
Pero ¿dónde despertaré?  
¿En un hospital  
después de un coma de unos años?  
¿Será en otra vida,  
donde me parecerá que nunca he soñado?  
¿Dónde despertaré?  
¿Será acaso en tus brazos?  
Pero tus brazos ya los tengo.  
Soy tan feliz a tu lado.  
Mejor no me despertéis.  
Dejadme seguir soñando.

Si es que hasta le has dado sentido  
a mi tristeza pasada.  
Para llegar a esto  
me tocó sufrir.  
Tenía que ver todo lo que no quería  
para saber que no es un capricho quererte a ti.  
Tenía que ver lo triste que puede llegar a ser todo  
para que no pareciera un enamoramiento loco quererte así.

Incluso a mi tristeza futura le has dado sentido.  
Cualquier pena será ya una tontería para mí.  
No hay nada que pueda entristecer a la persona  
a la que le ha salido bien hasta sufrir.

¿Cuánto tiempo tiene que pasar —me preguntan—  
para que deje de doler?

¿Hay un momento exacto?

¿Es verdad que es por cada año un mes?

Podría calcularlo en mi caso,  
pero seguro que tan exacto no es.

Puede ser de repente un día  
en el que uno se siente distinto sin saber por qué.

Puede ser antes, aunque casi siempre es más tarde,  
que cuando se deja de querer.

Puede ser que como algunas heridas  
sigua doliendo

aunque ni siquiera recordemos el momento de hacernos daño cómo fue.

O puede que el dolor se vaya pronto  
que con sorpresa descubramos  
que la herida no es al fin y al cabo tan profunda en la piel.

¿Cuánto tiempo tiene que pasar?

No lo sé.

A todos nos gustaría que fuera cuanto antes,  
pero casi siempre es después,  
cuando ya hemos sentido que la vida puede ser muy lenta,  
cuando hemos sentido la misma torpeza al vivirla

que al intentar pronunciar una palabra larga al revés,  
o la de intentar escribir con la mano contraria,  
o la de intentar recordar cuando uno ya ha olvidado todo lo que fue.

Casi siempre es después de haber sentido el vacío  
de tener que vivir un día entero sin tener nada que hacer.

Casi siempre es después de haber sentido que el resto saben encajar las cosas  
y son felices y saben entender la vida bien.

Casi siempre es después.

Casi siempre es después de que sintamos la suficiente tristeza  
para hacernos sentir culpables cuando por fin deja de doler,  
casi siempre es después de habernos sentido dependientes de nuestros amigos,  
de haber sentido que nos queda mucho por aprender,  
de haber exigido la presencia de alguna compañía,  
de haber sentido que nunca más podremos estar bien solos otra vez.

Podría ser antes,  
pero casi siempre es después.

Y es que a la vida no le basta con hacernos perder a alguien,  
encima su pérdida nos tiene que doler.

Lo bueno es que al final pasado un tiempo  
el dolor empieza siempre a desaparecer.  
Y no importa lo que haya costado al final curar la herida  
No importa no saber el momento exacto en el que la herida se nos fue.  
No importa que no quede nadie a nuestro lado.  
Lo que importa es que por fin estaremos recuperados  
para que nos puedan herir otra vez.

93

¿Otra vez? ¿De verdad?  
Pero si ya tenía  
la vida más o menos controlada.  
Si ya había aprendido a aceptar  
que no pasa nada por estar triste,  
que es una cosa de un día,  
que se pasa de repente.  
Pero nada.  
Otra vez con la tristeza de siempre.  
No me vale con tener la novia que siempre había soñado,  
no me vale tener un proyecto tan bueno a punto de empezar.  
Siempre consigo encontrar algo  
con lo que preocuparme  
y sentir que a partir de ahora  
ya no me va a dejar de preocupar.  
No es ni siquiera saber que un día todo esto se acaba.  
Es como un vacío,  
la sensación de que un segundo  
es lo mismo que una vida.  
Es sentir que vale más lo que no he hecho  
que los supuestos logros que he conseguido hasta ahora.  
Es precisamente eso lo que me hace caerme mal,  
lo que me hace pensar que caigo mal a todo el mundo,  
que todos se ríen de cómo vivo por detrás de mí  
y lamentan cómo desperdicio mi vida  
con lo listo que yo era.  
Pero tampoco es que envidie yo sus vidas.  
Solo envidio que ellos hayan sabido adaptarse  
y por lo menos sepan vivir creyendo estar a gusto  
en este mundo en el que asusta de igual manera que todo se acabe un día  
como que no se acabe nunca.

Me das el tiempo que te sobra  
y yo a ti el tiempo que no existe.  
Lo que no es posible lo convierto en verso,  
pero a ti demasiadas cosas te parecen imposibles.  
Hay cosas que te digo y te da igual no comprenderlas.  
Yo investigo si no entiendo lo que dices.  
Hay demasiadas cosas que me has hecho aprender de la vida,  
me habría salido mejor volver a vivir desde el principio para entender bien cómo vives.  
Y aun así dices que no sabes si soy yo lo que buscas  
y yo creo que es porque no consigo darte todo lo que pides.  
Tal vez si a mí no me sobrara tanto tiempo,  
si no supiera que las cosas más bonitas son las que parece que no existen,  
si no inventara tantos sentimientos  
para entenderme cada vez que estoy triste,  
si no quisiera saber tanto de la vida,  
si no tratara de creerme siempre todo lo que me dicen.  
Tal vez  
si volviera a aprender a reírme,  
si me parara a pensar por qué te quiero realmente,  
si pudiera distinguir lo que necesitas de lo que creo que me pides,  
tal vez entonces te faltaría tiempo para darme,  
o tal vez yo sabría que no eres tú por la que merece la pena  
inventar cosas que no existen.

He fracasado en todo.

Y no.

No es el afán de poeta

de que todo me salga mal para regocijo de generaciones venideras.

No. Es lo que siento,

es el fracaso de no haber escrito

ni un solo verso que me explote en la mano,

es el fracaso de no haber sabido estar callado

más de un día.

He fracasado en todo.

¿Para qué me habré preocupado tanto

para conseguir tan poco?

Soy peor de lo que era antes.

Incluso aunque ahora escriba mejor, que es posible,

soy peor en todo.

Como si todo lo que hubiera hecho hasta ahora

no hubiera servido para nada

sino para cansarme

y estar igual que antes,

pero, obviamente, más cansado.

He fracasado en todo. No hay duda.

Y lo peor y misterioso es que sigo intentándolo.

Quizás sea esa la razón por la que nacemos.

Quizás sea esa la razón por la que un día nos vamos.

Te quiero con locura y tú me quieres  
No te hagas la loca.  
Podemos fingir que no nos querremos para siempre  
para darle un poco de emoción a esto.  
Podemos dejar que nos confundan las discusiones  
y utilizar los momentos de estar tristes  
para sentir que ya no nos querremos.  
Incluso podemos llegar a estar algunos días sin vernos.

Pero me quieres con locura y yo te quiero.  
Por eso, sí, podemos hacernos los locos y fingir,  
pero mejor busquemos otras cosas con las que ponernos tristes,  
que juntos sabremos defendernos.  
Y que no nos preocupe que se pierda la emoción,  
porque la emoción vendrá sola  
cada día que vea tu sonrisa  
y no pueda evitar comerte a besos.

Y yo que creía tener poca autoestima  
y aun así creí que ese beso era para mí.  
¿Cómo iba a ser —pensé ya tarde—  
si a mí me alejan del amor las ganas de escribir?  
A golpe de verso fui dándote forma  
para demostrar que el amor y la poesía no pueden convivir,  
busqué cualquier excusa para sentir de otro ese beso  
para que mi autoestima dejara de mirarme y presumir.  
Y es que no podía ser para mí aquel beso  
y no podían mis versos de siempre ser para ti.  
Tú eras la alegría de estar vivo.  
Yo era la sombra de una muerte feliz.  
Así conseguí hacer que aquel beso  
terminara siendo un error, igual que el día en que te lo di.  
Y así le di la razón a mi falta de autoestima  
y pude concentrarme otra vez en mi miedo a morir.  
Pero pronto cuando ya no estabas levanté la vista del papel y supe  
que realmente no importaba si aquel beso era para mí,  
que no importaba que no hubieras soñado conmigo antes,  
lo que importaba fue lo que, pese a mis intentos, conseguimos construir.  
Supe entonces que mi falta de autoestima  
en verdad no era más que falta de ti.  
Y volví y no me costó conseguir darte otro beso.  
Dijiste que es que hay cosas que es imposible destruir.  
Sin embargo, en tus labios o en tu voz o en mis recuerdos  
esta vez sí supe que el beso no era para mí.  
Mi autoestima entonces dijo que cualquiera si se pone puede conseguir un beso  
pero que no será para él nunca si no deja que el beso le haga feliz.

¿Sabes dónde me encontraste? ¿Lo recuerdas?  
Estaba en esa barra, diciendo no creer en el amor.  
Tenía la sonrisa que tienen los que lloran,  
los que lloran sin lágrimas para no aguar el alcohol.  
Te aconsejé no perder el tiempo con alguien  
capaz de cambiarse de lado el corazón,  
capaz de cambiar su forma de entender la vida  
solo con que el DJ cambie de canción.  
Tú no hacías ni caso a mis palabras, ya notaste  
que cuando disimulo me cambia un poco la voz.  
Notaste que nunca había encontrado  
alguien que me susurrara al oído siempre la misma canción,  
alguien que buscara un espejo  
para los días en que me cambiara de lado el corazón,  
alguien que parara las lágrimas  
justo antes de que cayeran en el alcohol.  
Y como notaste también que los que más lo mencionamos,  
aunque sea para mal, somos los que más creemos en el amor,  
supiste que era yo al que llevabas esperando tanto tiempo.  
No te importó  
encontrarme diciendo tonterías en una discoteca  
porque sabías perfectamente que era yo.  
Me cogiste de la mano y esperaste para darme un beso  
a que el DJ cambiara de canción.  
Me hiciste ver que uno puede creerse muy distinto  
pero que siempre, tenga el corazón donde lo tenga,  
siente la misma necesidad de amor.

Se puede querer debajo de la lluvia.  
 Se puede querer incluso no queriendo.  
 Se puede querer más allá del olvido.  
 Se puede querer sin mirar al cielo.

Se puede querer de muchísimas maneras.  
 Muchos lo han dicho. Todos lo sabemos.  
 Por eso, si alguien no encuentra la manera de quererte  
 recuerda que se suele querer a quien no debemos.

Recuerda que igual que hay poesías que no dicen nada  
 hay labios que besan pero no dan besos  
 y que aunque hay muchas maneras de querer  
 no es querer saber que no nos quieren pero seguir insistiendo.

Si ves que alguien no encuentra la manera de quererte  
 entiende que puede ser que tú tampoco en verdad le estés queriendo.

No pasa nada por no entender ese verso.  
 Ni siquiera pasa nada por entenderlo demasiado bien.  
 Son solo versos. Si llegan  
 es porque hay sentimientos que todos tenemos.  
 Y los que tienen menos piel los encuentran más fácil.

Si no llegan, quizás es porque hay sentimientos que se aprenden  
 o sentimientos que se olvidan,  
 quizás es porque no son verdaderos versos  
 o tal vez no lo serán  
 hasta que la unión de esas palabras  
 nos recuerde lo que perdimos  
 o, peor, lo que ya tenemos y no nos hace ilusión, como entonces, tener.

Quizás esos versos ya no son versos:  
 son como animales disecados,  
 como las teclas de un piano que al tocarlas ya no suenan,  
 con ese ruido sordo de todo lo que se espera que suene  
 y ya no suena.

Pero no pasa nada. Son solo versos,  
 cáscaras de palabras  
 que se pueden no leer... y todo seguirá igual.

Hay personas que llegan así:  
poco a poco.  
Un día las ves y no pasa nada,  
pero ya no vuelves a ver nada del mismo modo.

Hay personas así:  
van poniendo una pequeña parte de ellos  
en todo.  
No irrumpen con fuerza;  
pero la felicidad tampoco.

Por eso, cuando uno se enamora de ellos  
no se produce ningún trastorno.  
El corazón hacía tiempo  
que ya lo tenía preparado todo.

Hay personas a las que se quiere así,  
como si fueran una parte de nosotros,  
como si hubieran estado siempre ahí,  
como si nos hubieran seguido para saber cómo somos.

Y es una persona así  
la que hace un tiempo me besó poco a poco,  
la que me puso una parte de ella  
en todo,  
la que me hizo feliz porque me enseñó  
que para serlo no hace falta convertirse en otro,  
que todos podemos ser felices  
si una de esas personas nos coge de la mano y nos enseña cómo.

Salió a preguntar a la gente  
 cuál era el poema perfecto.  
 —El mío fue el que intentó recitar mi novio,  
 confundiendo todos los versos.  
 —El mío fue el del poeta sin rima  
 que a cambio desparramaba sentimientos.  
 —¿El mío? El que me hizo mi hijo pequeño  
 cuando me estaba muriendo.  
 Alguno dijo,  
 aunque fueron pocos los que lo dijeron,  
 que el poema más elaborado  
 era su poema perfecto.

—¿Y el tuyo? —le preguntaron al hombre—.  
 ¿Cuál es tu poema favorito? —le dijeron.  
 El hombre se calló,  
 quizás no era tan divertido el juego.  
 Pero al rato murmuró.  
 Se le pudo oír decir luego:  
 —El mejor fue el que le escribí a ella  
 y que no llegué a darle a tiempo.  
 A pesar de sus suspiros  
 le siguieron insistiendo:  
 —¿Y qué era lo que ponía  
 en aquellos versos?  
 —No lo sé.  
 Fue lo de menos.  
 Lo bonito del poema  
 es que las lágrimas lo destruyeron.

De las cosas peores de la vida  
 es que intenta dar lecciones de que no es bueno arriesgar.  
 Y no es bueno ni malo,  
 simplemente es una forma de entender las cosas  
 que a veces sale bien y a veces sale mal.  
 Igual que todo.  
 Igual.  
 La diferencia es que el que arriesga  
 es más probable que descubra quién es en verdad.

Se te oía un silbido en el corazón.  
¿O era un lamento?  
No era el indicio de una enfermedad.  
Se notaba en el silbido un sentimiento.  
¿Era grave? No lo sé.  
No te dije nada, pero te abracé y te di un beso.  
Yo también sé lo que es estar con la persona más querida  
y aun así sentir tristeza y miedo.  
Ahora pienso en ti y recuerdo con qué pena  
el silbido se me metió por el cuerpo,  
con esa pena tan vacía  
que da el dolor ajeno,  
ese dolor que recuerda que hay cosas inevitables  
por mucho que otra persona vaya a nuestro lado y la abracemos.  
El silbido en tu corazón me hizo recordar  
la incertidumbre que todos tenemos  
por cosas que al final seguramente no sean nada,  
pero que ni un fuerte abrazo consigue a veces que las olvidemos.

¿Crees que nos ha unido la tristeza?

Yo creo que todo el mundo está triste. No es eso.

Es más bien la manera que tenemos de entender  
la tristeza de la gente como fallo nuestro.

Es más bien la necesidad de que alguien entienda también nuestra pena  
y sepa detectar cuál es el motivo verdadero.

No es lo triste de la vida.

No es que todos acabemos muriendo.

Es la angustia de sentirse queridos,  
pero siempre encontrar un motivo por el que no deberían querernos.

Es la sensación de que otros siempre merecen más,  
de que nosotros solo estamos fingiendo.

Por eso estamos juntos.

Por eso nos entendemos,  
porque sabemos distinguir la cara del culpable  
de la cara que ponen los que asumen la culpa del mundo al ser tan buenos,  
porque los dos llevamos años entrenando solos  
para seguir adelante a pesar de nuestros muchos defectos,  
porque los dos sabemos al fin y al cabo  
cómo querer a alguien aunque no haya ningún motivo para hacerlo,  
porque los dos nos manejamos bien entre las penas,  
porque a los dos el mundo nos parece un fallo nuestro,  
porque a los dos nos da la sensación de que este amor  
es nuestro primer acierto.

¿Crees que nos ha unido la tristeza? No exactamente.

Nos ha unido el haber sabido convivir con ella tanto tiempo.

**Algunas poesías más de Instagram:**

1

Qué extraño cómo me duele la vida  
aunque no esté muerto!  
Es como la resaca de una noche loca,  
pero de una noche loca  
de la que no me acuerdo.

2

Somos líquidos:  
nos adaptamos.  
Queremos ser sólidos, pero somos líquidos.  
Y así estamos.  
Hasta que como mucho un día  
nos desbordamos.

3

Te quiero  
y no me importa saber  
que algún día dejaré de verte para siempre.  
Hoy ya te quiero  
como si nunca más te fuera a volver a ver.

4

Ya sabemos  
que no siempre es fácil acertar,  
que la mejor intención  
suele implicar hacerlo mal.

5

No es que no quiera.  
Es que hay cosas que a veces duelen  
aunque normalmente no duelan.  
Es que a veces sentir  
es algo que por algún motivo  
uno no mete en la maleta.

Ahora es fácil no saber lo que es la muerte:  
 eres joven y dominas tu destino.

Ahora es fácil confiar en que la vida  
 a ti te hará encontrar otro camino.

Pero yo que soy tu sombra del futuro  
 te digo que no esperes ser distinto:  
 vive como si al final después de todo  
 todo no fuera a tener ningún sentido.

Entiende que la vida al fin y al cabo  
 puede tener algunos días divertidos  
 pero solo los tendrá si eres consciente  
 de que es una corriente seguir vivo  
 y que todo acabará cuando se acabe  
 cuando llegues sin remedio al precipicio.

Por eso, sé feliz pero sabiendo  
 que se acaba para todos el camino  
 y que cuando para ti el final esté llegando  
 para otros estará siendo el principio.

A veces hay cosas más tristes que morir.  
 ¿Cómo es posible?

Porque a veces el que ama  
 pone el corazón  
 en una caja más dura  
 que un ataúd.

Porque el que intenta hacer las cosas bien  
 a veces se da cuenta  
 de que eso no es lo bueno.

Porque el que intenta querer  
 siendo él mismo  
 descubre que no hay nadie  
 que quiera más a otros,  
 que solo la muerte  
 nos quiere a todos  
 y que por eso a veces  
 cuando uno piensa esto  
 descubre que hay cosas  
 más tristes que morir.

¿Cómo puede haber vidas tan tristes  
para los que intentan querer bien?  
Incluso aunque quieran mal.  
¿Cómo es posible  
que la vida no valore lo que intentan?  
¿Por qué es tan frecuente que uno quiera  
lo que no ha nacido para tener?

Tú ponme un papel cerca  
que verás la que lío  
saco todo lo que llevo dentro  
y empiezo a soltar tinta como si fuera un río

No debería seguir huyendo  
de lo que estoy yendo a buscar

He llegado justo a ti(empo)